FERNANDO AINSA. *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya (1960-1993)*. Montevideo: Trilce, 1993.

Este nuevo libro de Fernando Ainsa traza un denso y sugestivo panorama de la producción narrativa de los años 1960-1993, insistiendo en la obra de los principales actores de las letras uruguayas pero estudiando también, si bien más brevemente, la casi totalidad de la producción contemporánea. Es decir que se trata de un libro fundamental, que colma un vacío y está llamado a desempeñar un papel didáctico de primera importancia entre los estudiosos —docentes, investigadores, estudiantes ...— de las letras uruguayas e hispanoamericanas. La obra consta de dos partes (“Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya” y “Raíces de una tradición literaria”), constituida cada una por cuatro capítulos. Completan el trabajo un prefacio, un índice de autores citados y abundantes notas.

En el primer capítulo, titulado “Macroestructuras condicionantes del discurso narrativo de los años sesenta”, observa Ainsa que la nueva narrativa uruguaya se caracteriza por “una verdadera catarsis liberadora y una tradición reasumida” y emprende un rápido bosquejo de la obra de algunos autores. Carlos Martínez Moreno, por ejemplo, refleja en su obra la “deca”, o sea, la decadencia que marca los años 60, mientras Sylvia Lago incursiona en los vericuetos de la hipocresía sexual y social de la clase alta. Por su parte, Julio Ricci representa en un tono y un estilo entre ácido y burlón un mundo literario que se vio obligado a replegarse sobre sí mismo para protegerse contra la censura y la represión instauradas a partir de junio del 73 o una clase popular baja, integrada a menudo por inmigrantes de la Europa central. Otros autores vienen estudiados o señalados en este capítulo, como Carlos Maggi, Eduardo Galeano, Walter Pedreira, Armonía Somers, L. S. Garini o Jorge Onetti.

En “Los años setenta: entre la diáspora y la resistencia interna”, Ainsa estudia la obra de Nelson Marra, Hugo Giovanetti, Enrique Estrázulas, Matilde Bianchi, Leo Harari, Silvia Larrañaga, Saúl Ibargoyen, Juan Carlos Legido, Ariel Méndez, Alfredo Gravina, Juvenal Botto, Mercedes Rein, Miguel Angel Campodónico, Héctor Galmés, Teresa Porzecanski, Gley Eyherabide, Jorge Luis Freccero o aún Tarik Carson, obra en la que, a menudo, asoma la influencia de Juan Carlos Onetti y aparece la necesidad de trascender el esquema dualista del realismo y del género fantástico. Una mención especial se merece la narrativa revolucionaria de Mario Levrero, un “inclasificable explorador de géneros y sub-géneros

diversos, experimentados con imaginación y una creatividad sin muchos precedentes en la narrativa uruguaya”.

En “Catarsis liberadora y tradición reasumida” se estudia la obra de Walter de Camilli, Omar Prego Gadea, Juan Carlos Legido (nuevamente), Matilde Bianchi, Manuel Márquez, Elvio Gandolfo, Leonardo Garet, Mario Delgado Aparain, Manuel García Rey, Ricardo Prieto, Alicia Migdal, Suleika Ibáñez, Claudio Invernizzi, Hugo Burel, Juan Carlos Mondragón, Rafael Courtoisie y Fernando Loustana. Señala Ainsa —a quien le debemos valiosos estudios sobre la nueva novela histórica— el esfuerzo demostrado por varios autores por recuperar una “identidad fracturada”, esfuerzo que se traduce, tanto por una narrativa del “tiempo presente”, orientada hacia el exilio exterior e interior, visible sobre todo en los años sesenta, como por unas novelas de los años setenta y ochenta, que versan esencialmente sobre temas de la conquista, la colonia o el período de la Independencia, utilizando todos los recursos de la reescritura anacrónica, irónica o paródica, en particular el *pastiche*. En este campo, sobresalen las novelas de Napoleón Baccino Ponce de León, Saúl Ibagoyen Islas y, sobre todo, Alejandro Paternain.

Los capítulos 4, 5, 7 y 8 no son panorámicos sino monográficos ya que viene dedicado cada uno a una figura maestra de la literatura uruguaya moderna o contemporánea, Cristina Peri Rossi, Eduardo Acevedo Díaz, Enrique Amorim y Juan Carlos Onetti de los que Ainsa sabe extraer lo enjundioso, específico y original. El capítulo 6, “La aldea escandalizada”, significa una mirada hacia atrás al detenerse el autor en los años veinte, un momento fundamental de la narrativa, cuando “surgen con nitidez las dos tendencias a través de las cuales se enfrentará la literatura uruguaya hasta el período “integrador” de los años sesenta: la literatura rural (raigal y nacional) opuesta a la literatura urbana (acusada de desarraigo y superfluo internacionalismo)”. Aprovecha Ainsa la ocasión para rehabilitar o celebrar los autores olvidados de los años veinte, como Mateo Magariños Solsona, “un pionero en la conquista narrativa del espacio urbano”.

Todo estudio panorámico, todo manual de literatura —y el libro de Ainsa lo es— es, por definición, un estudio *subjetivo* que implica forzosamente olvidos o sobrevaloraciones. Tal vez nosotros le hubiésemos concedido menos espacio a Peri Rossi y más a Benedetti. Pero ésta sería la excepción que confirma la regla. Los otros autores mencionados nos parecen ocupar en el libro la importancia que les corresponde en la historia de la literatura. Sin lugar a dudas, *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya* aparece ya como el manual de referencia obligado, *incontournable* —como dicen los franceses—, el libro *necesario y novador* que cualquier estudioso debe consultar para adquirir una visión y una comprensión sintética y justa de la literatura uruguaya.

CLAUDE CYMERMAN

JOSÉ ISAACSON. *La industria cultural*. Buenos Aires: Marymar, 1993.

Este libro será considerado por muchos como un brulote. De entrada, las dos palabras antinómicas que subtienden el título, *industria y cultura*, dejan entender lo que *no debiera ser* la cultura, o sea, una industria. Y toda la tesis de Isaacson vendrá a demostrar hasta qué